

Núcleo Temático 2

Segundo tramo

- ⊙ La lectura y la escritura como procesos.
- ⊙ La coherencia textual. Los procedimientos de cohesión orientados a la producción y comprensión de textos: referencia y conexión (aditiva, adversativa, consecutiva y temporal), repetición y colocación. Estrategias de escritura. Borrador y versión definitiva.
- ⊙ La narración. Ficción y realidad. El relato: suceso y marco –personajes, lugar y tiempo: caracterización. El narrador: 1º y 3º persona; grados de conocimiento de los hechos. El cuento realista. El cuento maravilloso. El mito. La leyenda. Uso correcto de tiempos verbales en la narración.
- ⊙ La palabra. Aspectos funcionales: conectores y pronombres del primer grupo: pronombres personales, posesivos y demostrativos.
- ⊙ La construcción nominal –núcleo y modificadores (modificador directo e indirecto, aposición)- y la construcción verbal –núcleo y modificadores (objeto directo, objeto indirecto y circunstanciales). La oración unimembre y la oración bimembre.
- ⊙ Normativa Gráfica: Puntuación.
- ⊙ Uso del diccionario. Las acepciones.

LA NARRACIÓN

Seguimos en este camino que nos hemos propuesto como lectores y escritores comprometidos y competentes. En esta etapa, tomaremos contacto con otro tipo textual. Descubriremos que no siempre nos interesa describir o explicar sino presentar un suceso en un marco.

- * En el siguiente texto, hay un narrador que relata un suceso.
 - ⊙ ¿Cuándo y dónde transcurre el suceso?
 - ⊙ ¿Quién es el personaje principal?
 - ⊙ ¿Qué ha ocurrido?

El picaflor

Cerca del lago Paimún, oscuro y silencioso como un estanque, donde el tiempo se amansa junto con la corriente, vivían hace mucho tiempo dos hermanas: Painemilla y Painefilu. Las dos eran jóvenes y hermosas, y un día un gran jefe extranjero se enamoró de Painemilla. La muchacha bella y el inca se casaron y se fueron a vivir a su hermoso palacio de piedra, construido en la cercana montaña de Litran-Litran.

Pronto Painemilla supo que esperaba un hijo. El inca convocó a los sacerdotes para que hicieran sus profecías. Uno de ellos dijo que nacerían un varón y una mujer y que los dos, en señal de distinción, tendrían en el pelo una hebra de oro.

Como se acercaba el momento del nacimiento y el inca tenía que viajar a sus tierras del norte, Painemilla le pidió a Painefilu que subiera al palacio para hacerle compañía. Así se reencontraron las dos hermanas. Pero, las cosas ya no fueron como antes. Painefilu sentía una envidia inconfesable de Painemilla, de su vida que parecía tan fácil, tan plácida, colmada de abundancia y de amor. Odiaba su facilidad para hacerse querer y su aparente ignorancia de los malos sentimientos. Le dolía verla acariciar distraídamente su vientre que crecía, mientras se sentaba a tejer o a trenzar los Kupulhues y, sola, durante muchas noches, no pudo pensar en otra cosa más que en los ojos amantes con que el inca había mirado a su hermana al despedirse.

Painefilu trataba de disimular sus sentimientos y cuidaba mucho a Painemilla, pero sentía que el mundo se achicaba a su alrededor, que el corazón se le volvía pesado y duro. Ya no podía levantar la cabeza para mirar a nadie a los ojos.

Con el nacimiento pareció enloquecer: convenció a su hermana de que había parido una pareja de perritos y escondió a los hermosos mellizos que habían recibido en sus brazos. Hizo fabricar un cofre, acomodó en él a los bebés y mandó que lo arrojaran en la zona más correntosa del lago Huechulafquen. En el palacio, Painemilla lloraba espantada, mientras amamantaba a dos perritos.

Cuando el inca estuvo de vuelta, no hubo manera de que perdonara a su mujer. Furioso, dando enormes pasos que resonaban sobre las piedras del piso, con su mano alzada como para castigarla, echó a Painemilla, la mandó a vivir a la cueva de los perros e hizo matar a los cachorritos. Painefilu, sombría, siguió viviendo en el palacio, cada vez más callada, como si todo lo que había pasado pudiera tragárselo el silencio.

El agua del Huechulafquen se abrió para recibir el cofre donde dormían los hijos de Painemilla y se cerró sobre él cubriéndolo de espuma. Pero la caja se asomó unos metros más allá y se mantuvo milagrosamente a flote, oscilando entre las olas, nadando en círculos en los remansos, atascándose a veces entre las piedras y las plantas de la orilla. Dicen que Antü, el padre Sol, desde el cielo, descubrió el cofre por el brillo de su cerradura de oro y decidió protegerlo, dándole calor o sombra según lo necesitara... hasta que, cierto día, un hombre viejo que pasaba junto al lago vio el cajoncito brillante, muy

cerca de la costa. Entonces lo sacó del agua y se lo llevó a su casa, admirado de su hermosa cerradura dorada, pero no lo abrió enseguida porque era la hora de comer y no quería hacer esperar a su vieja esposa.

La pareja comía su chaskiñ cuando escuchó unos sonidos extraños, como el entrechocar de huesos, que provenían del cofre. Lo abrieron con cuidado y encontraron a los rubios mellizos de hermosos cabellos entre los cuales se destacaba, más largo y brillante, un pelo de oro.

Los viejos mapuches se asombraron mucho de los recién nacidos, que se pusieron a crecer ostensiblemente apenas los alzaron del cajón. Y los criaron con amor, aun sabiendo que nunca serían como ellos esos extraños y hermosos niños que nunca comían, y que, sin embargo, se hacían tan grandes como hijos de dioses.

Un día, mientras el inca paseaba tristemente por las inmediaciones del lago, pensando, como siempre, en que era un padre sin hijos, un esposo sin esposa y en que nunca comprendería bien por qué, vio a los mellizos que jugaban junto al bosque. Le atrajeron de inmediato esos chicos solitarios, un niño y una niña, que tendrían la edad de los suyos si estos hubieran sido humanos como se esperaba. Quiso conversar con ellos y, al acariciar la cabeza del varón, sintió en su palma el pelo de oro. Y de esa manera, en un instante, los tres se reconocieron. Pero el muchachito enfrentó al inca con violencia:

—¡No podemos llamarte padre! Echaste a mamá del palacio. Pasa frío y hambre entre los perros. Se abriga con un cuero pelado y tiene que disputarle la comida a los animales. Era una reina y vive peor que un perro, porque piensa y recuerda... Te repito: no podemos llamarte padre.

Conmocionado, el inca mandó que llevaran a los mellizos al palacio de Litrán. Una vez allí, su hijo volvió a increparlo:

—¡Queremos ver a mamá ahora mismo! No nos quedaremos ni un minuto si no la liberan y le devuelven el respeto que se merece. Si no es así, te juro que no mandarás por mucho tiempo.

El inca obedeció, y así fue como Painemilla y sus hijos se reunieron, se conocieron y no se separaron nunca más.

De Paineofilu, la traidora, se vengaron sus propios sobrinos. La ataron, la empujaron afuera del palacio y la obligaron a sentarse sobre una roca. Entonces, el muchacho sacó un objeto que tenía guardado, alzó hacia el sol la pequeña piedra transparente y rogó:

—¡Ayúdame, Antü! ¡Que todo tu calor atraviese mi piedra mágica! ¡Que se convierta en rayo, en antorcha, en la llama más azul, para destruir a Paineofilu!

El prodigio se cumplió, y de Paineofilu solo quedó un montón de cenizas. Pero un pedacito de su corazón no alcanzó a quemarse, y cuando llegó el viento a dispersar los vestigios, de entre el remolino ceniciento salió volando un pajarito tornasolado.

Era el pinsha, el picaflor, que según los mapuches predice la muerte, que vive inquieto y triste como Paineofilu. No se posa en las ramas ni roza con sus alas el follaje como los otros pájaros; tiembla, tiembla de miedo constantemente y, como si esperara un castigo, se esconde en cavernas oscuras o se aferra con desesperación a los acantilados.



La narración es el tipo textual en el que se cuenta una sucesión de acciones realizadas por uno o varios sujetos —personajes— en un lugar y tiempo determinados.



LA NARRACIÓN LITERARIA: SUCESO Y MARCO

Antes de iniciar la distinción entre suceso y marco, vamos a recordar una consideración muy importante que deberemos tener en cuenta en esta etapa:

- * Un texto puede ser literario o no literario. El texto literario es el fruto de la “ficcionalización”. El término **ficción** deriva del verbo latino “fingere” que significa imaginar, suponer, inventar, representar. La ficción nos regala mundos posibles a partir de la creación de una producción. La herramienta fundamental del autor es el lenguaje y, más allá de recurrir a lo real, nos invita a conocer creaciones de mundos aparentemente reales o quizás maravillosos, a buscar explicaciones ante lo inexplicable
- Petronio escribió durante el Imperio Romano una novela que conocemos como **El satiricón**. En dicha novela, introduce un relato breve. Leelo atentamente y luego resolvé las consignas:

Logré que uno de mis compañeros de hostería -un soldado más valiente que Plutón-me acompañara. Al primer canto del gallo, emprendimos la marcha; brillaba la luna como el sol a mediodía. Llegamos a unas tumbas. Mi hombre se para; empieza a conjurar astros; yo me siento y me pongo a contar las columnas y a canturrear. Al rato me vuelvo hacia mi compañero y lo veo desnudarse y dejar la ropa al borde del camino. De miedo se me abrieron las carnes; me quedé como muerto: Lo vi orinar alrededor de su ropa y convertirse en lobo.

Lobo, rompió a dar maullidos y huyó al bosque.

Fui a recoger su ropa y vi que se había transformado en piedra.

Desvainé la espada y temblando llegué a casa. Melisa se extrañó de verme llegar a tales horas.

—Si hubieras llegado un poco antes -me dijo- hubieras podido ayudarnos: Un lobo ha penetrado en el redil y ha matado las ovejas; fue una verdadera carnicería; logró escapar, pero uno de los esclavos le atravesó el pescuezo con la lanza.

Al día siguiente volví por el camino de las tumbas. En lugar de la ropa petrificada había una mancha de sangre.

Entré en la hostería; el soldado estaba tendido en un lecho. Sangraba como un buey; un médico estaba curándole el cuello.

- ⊙ ¿Cuál podría ser el título de este relato? ¿Por qué?
- ⊙ ¿Quién es el autor del texto?
- ⊙ ¿Quién es el narrador?³
- ⊙ ¿Cuál es el suceso? ¿Qué ocurre?
- ⊙ ¿Cuándo y dónde transcurre el suceso?
- ⊙ ¿Quién son los personajes principales?

³ No olvidemos que es importante no confundir autor con narrador. Mientras el autor ha escrito el texto, su narrador es el que relata el o los sucesos dentro del texto, siendo creación del mismo autor.

Ahora bien:

mientras que el **marco** contempla:

<p>Lugar: espacio general o particular donde se desarrolla el suceso, donde se localiza el relato.</p>	<p>Tiempo: tiempo general o particular durante el cual se desarrolla el suceso. Es la época o momento en que se enmarca la acción.</p>	<p>Personajes: aquellos sujetos que realizan el suceso. El texto puede reproducir el estado anímico y mental del personaje a través de sus actos puesto que se los considera seres individuales. Los personajes principales sostienen el desarrollo de la acción y el conflicto. Estos son: el protagonista (al que le suceden los hechos) y el antagonista (se opone al anterior). Los personajes secundarios colaboran con los principales en el desarrollo del relato, pero no son tan relevantes.</p>
---	---	--

el suceso descubre el hecho narrado, la acción en sí misma.

→ Leé un texto del apéndice que responda al tipo textual narrativo e indicá claramente marco/suceso.

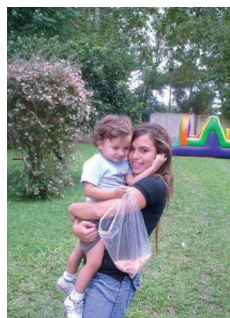
→ Creá una narración breve que contemple:

MARCO:

- ⊙ Lugar: una pequeña aldea;
- ⊙ Tiempo: siglo XIX, durante la primavera;
- ⊙ Personajes: una joven y su pequeño hermanito;

SUCESO:

- ⊙ La responsabilidad ante una pérdida.



Antes de iniciar tu escritura, recordá el valor de los borradores, como siempre hemos insistido, y que el texto narrativo tiene una organización interna. Te proponemos la canónica: generalmente, a partir de las acciones que se presentan, en las narraciones suelen identificarse tres partes: **SITUACIÓN INICIAL** –presentación del marco-, **COMPLICACIÓN** –obstáculo, problema, conflicto-, **RESOLUCIÓN** –situación final en la que los personajes salen positiva o negativamente del conflicto-.



LA NARRACIÓN: EL NARRADOR

Recordemos que es importante no confundir autor con narrador. Reiteramos: mientras que el autor ha escrito el texto, su narrador es el que relata el o los sucesos, siendo creación del mismo autor. Esto quiere decir, entonces, que el narrador es el sujeto que, desde un punto de visto concreto, cuenta el o los sucesos y presenta el marco. La manera de narrar es importante para la comprensión de la historia, el punto de vista desde dónde narra. Ahora bien, entre los distintos tipos de narrador, señalaremos distintas clases a partir de diversos fragmentos:

- * **Narrador en 1ª persona:** quien cuenta lo hechos participa en la historia que narra. Distinguimos dos clases:
 - ⊙ **Narrador-protagonista:** La historia es narrada por el personaje principal, el protagonista.

“Tal era el epígrafe que había puesto en la primera hoja del cuaderno en el que escribí las páginas que forman este pequeño volumen. Quería tener presente el consejo del maestro del buen gusto, releerlo sin cesar, para no ceder a esa tentación ignorada de los que no manejan una pluma, y que impulsa a la publicidad, como la savia de la tierra que pugna por subir a las alturas para que las vivifique el sol. Lo confieso y lo afirmo con verdad: nunca pensé al trazar esos recuerdos de la vida del colegio, en otra cosa que en matar largas horas de tristeza y de soledad, de las muchas que he pasado en el alojamiento, de la patria, que es hoy la condición normal de mi existencia(...)” Cané, M. *Juvenilia*.

- ⊙ **Narrador-testigo:** Narra el suceso un personaje secundario, que participa en la historia pero no es el protagonista, es un mero testigo de los hechos que desconoce qué sienten, piensan, experimentan los personajes principales.

La miel silvestre, de Horacio Quiroga

Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que a sus doce años, y a consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne, dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte. Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y la pesca. Cierto es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos; pero, de todos modos, el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha y sus peligros como encanto.

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban. Estaban bastante atónitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores — iniciados también en Julio Verne— sabían andar aún en dos pies y recordaban el habla.

* **Narrador en 3ª persona:** Nos presenta el suceso alguien que está fuera de la historia, no interviene en el suceso. Encontramos aquí, también, dos clases pero nos centraremos en:

⊙ **Narrador omnisciente:** El narrador presenta los hechos y además lo que los personajes ven, sienten o piensan.

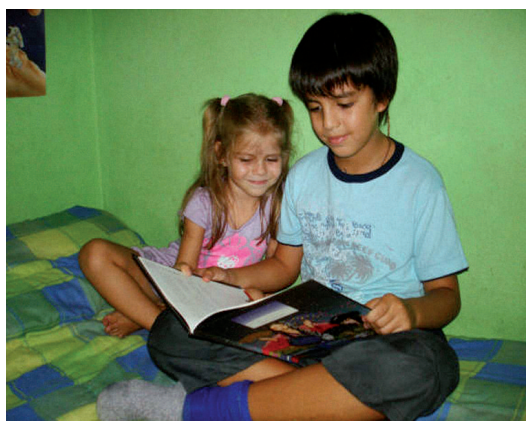
“El Palo Borracho”, leyenda argentina

A este extraño árbol, con forma de botella, ciertas tribus de la zona del río Pilcomayo, lo llaman "Mujer" o "Madre pegada a la tierra" y esto viene porque...

En una antigua tribu que vivía en la selva, había una jovencita muy linda, a la cual codiciaban todos los hombres, pero ella sólo amaba a un gran guerrero. Y se enamoraron profundamente... hasta que cierto día la tribu entró en guerra. El partió a la contienda y ella quedó sola prometiéndole amor eterno... Pasó mucho tiempo y los guerreros no volvían... mucho tiempo después, se supo que ya no lo harían.

Perdido su amor... la joven cerró todo sentimiento pues la herida abierta en su corazón ya no podría sanar... Se negó a todo pretendiente... Una tarde se internó en la selva, entristecida, para dejarse morir (...)"

→ Tomá tu manual de Lengua de 7º grado. Releé los textos que has trabajado con tu maestra y transcribí un fragmento de distintos ejemplos que presenten cada clase de narrador que hemos observado.



- Leé el siguiente texto y determiná el punto de vista del narrador. Recordá que hemos planteado que el narrador puede saber más, menos o lo mismo que los personajes.

“A la deriva”, de Horacio Quiroga

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer, espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otros dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito -de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbotones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su fresca crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres

años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo...


¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.





A partir de las siguientes páginas, tomarás contacto con distintas clases de narraciones. Cada una de ellas tiene sus características particulares. A disfrutar de la magia de la literatura y a observar los rasgos distintivos cuyas adquisiciones profundizarás con tu trabajo en clase.

EL CUENTO REALISTA

- ✿ En este primer cuento, el narrador presenta hechos verosímiles, las situaciones son presentadas como si fuera la realidad que experimenta a diario el lector quien vive la magia de la literatura desde la ilusión de lo que está leyendo como si perteneciera a la realidad. La descripción de los lugares y de los personajes, indicaciones temporales precisas, siempre captados desde los sentidos, son algunos de sus recursos.

El Tigre, de Horacio Quiroga

Nunca vimos en los animales de casa orgullo mayor que el que sintió nuestra gata cuando le dimos a amamantar una tigresita recién nacida.

La olfateó largos minutos por todas partes hasta volverla de vientre; y por más largo rato aún, la lamió, la alisó y la peinó sin parar mientes en el ronquido de la fierecilla, que, comparado con la queja maullante de los otros gatitos, semejaba un trueno.

Desde ese instante y durante los nueve días en que la gata amamantó a la fiera, no tuvo ojos más que para aquella espléndida y robusta hija llovida del cielo.

Todo el campo mamario pertenecía de hecho y derecho a la roncante princesa. A uno y otro lado de sus tensas patas, opuestas como vallas infranqueables, los gatitos legítimos aullaban de hambre.

La tigresa abrió, por fin, los ojos y, desde ese momento, entró a nuestro cuidado. Pero, ¡qué cuidado! Mamaderas entibadas, dosificadas y vigiladas con atención extrema; imposibilidad para incorporarnos libremente, pues la tigresilla estaba siempre entre nuestros pies.

Noches en vela, más tarde, para atender los dolores de vientre de nuestra pupila, que se revolcaba con atroces calambres y sacudía las patas con una violencia que parecía iba a romperlas. Y, al final, sus largos quejidos de extenuación, absolutamente humanos. Y los paños calientes, y aquellos minutos de mirada atónita y velada por el aplastamiento, durante los cuales no nos reconocía.

No es de extrañar, así, que la salvaje criatura sintiera por nosotros toda la predilección que un animal siente por lo único que desde nacer se vio a su lado. Nos seguía por los caminos, ente los perros y un coatí, ocupando siempre el centro de la calle. Caminaba con la cabeza baja, sin parecer ver a nadie, y menos todavía a los peones, estupefactos ante su presencia bien insólita en una carretera pública.

Y mientras los perros y el coatí se revolvían por las profundas cunetas del camino, ella, la real fiera de dos meses, seguía gravemente a tres metros detrás de nosotros, con su gran lazo celeste al cuello y sus ojos del mismo color. Con los animalitos de presa se suscita, tarde o temprano, el problema de la alimentación con carne viva.

Nuestro problema, retardado por una constante vigilancia, estalló un día, llevándose la vida de nuestra predilecta con él.

La joven tigre no comía sino carne cocida. Jamás había probado otra cosa. Aún más, desdeñaba la carne cruda, según lo verificamos una y otra vez. Nunca le notamos interés

alguno por las ratas del campo que de noche cruzaban el patio y, menos aún, por las gallinas, rodeadas entonces de pollos.

Una gallina nuestra, gran preferida de la casa, criada al lado de las tazas de café con leche, sacó en esos días pollitos. Como madre, era aquella gallina única; no perdía jamás un pollo. La casa, pues, estaba de parabienes.

Un mediodía de éstos, oímos en el patio los estertores de agonía de nuestra gallina, exactamente como si la estrangularan. Salté afuera y vi a nuestra tigresa, erizada y espumando sangre por la boca, prendida con garras y dientes del cuello de la gallina.

Más nervioso de lo que yo hubiera querido estar, cogí a la fierecilla por el cuello y la arrojé rodando por el piso de arena del patio y sin intención de hacerle daño.

Pero no tuve suerte. En un costado del mismo patio, entre dos palmeras, había ese día una piedra. Jamás había estado allí. Era en casa un rígido dogma el que no hubiera nunca piedras en el patio. Girando sobre sí misma, nuestra tigresa alcanzó hasta la piedra y golpeó contra ella la cabeza. La fatalidad procede a veces así.

Dos horas después nuestra pupila moría. No fue esa tarde un día feliz para nosotros.

Cuatro años más tarde, hallé entre los bambúes de casa, pero no en el suelo, sino a varios metros de altura, mi cuchillo de monte con que mis chicos habían cavado la fosa para la tigresita y que ellos habían olvidado de recoger después del entierro.

Había quedado, sin duda, sujeto entre los gajos nacientes de algún pequeño bambú. Y, con su crecimiento de cuatro años, la caña había arrastrado mi cuchillo hasta allá.

→ ¿Cuál es el marco de este cuento? ¿De que manera logra el autor crear en el lector la ilusión de que lo que presenta en dicho marco puede ser parte de su realidad?

→ ¿Cuál es el suceso? ¿Es versosímil? ¿Por qué?

